

Ernesto López,
con oficio de editor

Claudia Ivonne Giraldo Gómez



Cuando trabajaba como directora del Taller de Literatura para Jóvenes de la Biblioteca Pública Piloto durante los años 80, conocí al maestro Ernesto López. En aquel tiempo las entidades oficiales podían celebrar, con licor fuerte y todo, el lanzamiento de un nuevo libro; era una delicia. Entre tanta gente pasando rico, había un genuino interés por el escritor que presentaba su opúsculo y por el opúsculo mismo. Y entre quienes no solo la pasaban muy bien, sino que se gozaban el libro de cabo a rabo, se hallaba en sitial destacado el maestro Ernesto, quien debía oler a tinta, como Dios manda a un editor que se respete.

El maestro era entonces uno de los más activos artífices de los libros que se presentaban ante el público en las salas culturales de Medellín, y de otras ciudades desde donde llegaban a buscar los servicios y la calidez de ese hombre conocedor de su oficio. Pocos fueron los escritores y poetas que no publicaron, si no la primera, sí alguna de sus obras con la Editorial Lealón, desde su creación en 1973.

Lo recuerdo siempre con esa mirada suya sonriente, que se le riega por toda la cara; porque él disfrutaba de esas presentaciones desde el territorio privilegiado que le confería el haber sido parte de la creación de un libro. Sus ojos debieron haber recorrido ese texto en borrador una y otra vez, señalando los errores inevitables de toda escritura; ayudaría tal vez a emblocar y a doblar, mientras permanecía atento a la separación de colores, al diseño de la caja

editorial, a la concepción misma de una carátula. Cada libro era pues su fruto, tanto o un poco más que el de su autor, y creo que ese era el motivo de su íntima alegría, una que he visto inquebrantable en él, muchas veces a lo largo de todos estos años.

Hay personas que encarnan su oficio y son lo que hacen y hacen lo que son; a esta especie difícil pertenece este “Escribano del agua”, como lo llama Pepe Zuleta en un cuento que lleva ese título y que dedicó a Ernesto. Una pasión los mueve y un empecinamiento, que es aquello que sostiene las pasiones. Apasionado y empecinado por su labor, Ernesto López, con su Editorial Lealón, no puede separarse de la vida cultural y literaria de Medellín. Y esa vida no se escribe al margen de la vida de la ciudad, no solo es reflejo de ella sino motor y constancia, y por qué no, soporte de las vidas de muchos lectores.

Por eso, más que un negocio, esta Editorial, sus talleres, sus empleados y su director, representan una historia que va quedando borrada por esa sed de actualidad que nos acosa, por esa inmediatez tan molesta que no nos deja mirar para atrás, como si la estatua de sal posible fuéramos nosotros mismos y no quisiéramos vernos. Son ellos patrimonio de nuestra ciudad, porque no solo poseen un archivo bibliográfico en donde se albergan libros y revistas, verdaderos tesoros que no deberían la ciudad y sus autoridades pasar por alto, sino que Lealón y Ernesto encarnan tal vez, una manera de ser y de estar que está siendo desechada por esta razón sin razón del negocio exitoso y productivo.

Encarnan además, cuarenta años de vida escrita, de luchas y de ilusiones de escritores conocidos unos, desconocidos muchos, pero que pasaron un rato feliz de sus vidas con ese fajo de papel, nuevo y oloroso, recién salido de las máquinas de la Editorial Lealón, con esa fragancia incomparable de la creación propia hecha materia, la única que tenía la palabra hasta hace poco.

Y hay personas a las que les gusta su oficio y les gusta la gente, y a Ernesto le gustan ambas cosas. Ama su oficio, no puede ni debe hacer nada más; y le gusta compartir con autores, con escritores de toda laya, no creo que para él sea muy diferente un autor de otro, pero sí sé que sabe querer a sus amigos y que cuando publiqué con él mi primer libro de cuentos, me esperó en su oficina y brindó conmigo, contento por mí, con un trago de whisky. Y eso, no hay cómo pagarlo.

Levanto mi vaso para brindar por Ernesto López, el maestro hacedor de libros; brindo por esos 40 años de trabajo constante, por sus luchas, sus bregas y también por sus decepciones. Sé que en una ciudad menos fenicia, en una ciudad menos dura y maquillada como ésta, con una gente más pendiente de las almas de los amigos que del dinero y del dudoso concepto del éxito personal, podríamos ver, más allá de las meras apariencias, las enormes dimensiones del maestro y de su hermosa Editorial Lealón.

Claudia Ivonne Giraldo Gómez
Noviembre de 2012.